

La Emancipación y la libertad. Chacabuco. Cancha Rayada. Fiestas Cívicas

A PARTIR del año de 1810, cuando Buenos Aires empezó a comerciar independientemente de España, lo que significaba el primer paso hacia la emancipación de Sudamérica, la llama de la libertad se expandió hasta las demás colonias españolas. El mismo año empezaron los disturbios en Chile; pero las fuerzas españolas eran todavía muy poderosas para que estos desórdenes juveniles pudiesen tener influencia decisiva en las condiciones políticas del país.

Los españoles ya no eran los bárbaros descritos en las crónicas de la conquista de América. Las crueldades que cometieron los españoles en esa época, se han mantenido por tradición hasta nuestros días en la memoria de los nativos. Antes de la llegada de los europeos no conocían ellos castigos duros y penosos; pero los españoles introdujeron, además de la Inquisición, torturas de todas clases para alcanzar sus fines impuros, y los indios, antes muy ingenuos, adoptaron los mismos métodos para atormentar a su turno a los cristianos que caían en sus manos; obligaron a los misioneros en venganza a andar con los pies desnudos sobre hierro calentado al rojo y cuando la piel de los pies se había desprendido, los hacían correr sobre piedras puntiagudas, y, por fin, eran apaleados, en forma tan horrorosa que debo librar al lector de su descripción.

La experiencia ha dado a los españoles una cara lección: ya no usurpan el territorio de los indios, y han aceptado la política de mantener la verdad y la ley, conservando amistad con ellos mediante regalos anuales. En los nuevos países se han introducido poco a poco el orden que, aunque represivo en comparación con el obtenido en el continente del Norte, es insuficiente en relación con el desarrollo de la inteligencia del hombre. Se mantiene a la masa de los habitantes dentro de los límites de lo justo. La confianza y la honradez son,

hoy día, virtudes respetadas. El campesino que llega a las ciudades desde remotos lugares, entrega "bona fide" al comerciante su bolsa de cuero de gato, llena de pesos, y retira de la bodega las mercaderías que necesita, y entrega el resto de su dinero en depósito hasta el año siguiente, sin pedir recibo por esta operación, y rara vez o tal vez nunca fue engañado por el comerciante.

Los peones pertenecientes a los fundos reciben buenos salarios, pero también son severamente obligados a trabajar, por lo cual los patronos siempre pueden contar con un cierto número de peones para las actividades agrícolas, y los trabajadores son mantenidos pese a su flojera, impertinencia y vicios; razón por la cual los robos son también rarísimos. Los viajeros son rara vez o nunca atacados por ladrones, y las casas se dejan cerradas tanto en las ciudades como en el campo. Durante las calurosas noches de verano las familias duermen seguras en las veredas frente a sus casas. Este cuadro era idéntico en la época colonial.

Por estas razones no se justifica entonces la sublevación de estas colonias contra la madre patria, basada en la tiranía española y en el descontento de los habitantes. No existía, en verdad, ningún descontento popular al estallar la revolución, y si no hubiera sido por el asunto del reconocimiento del rey José Bonaparte como rey de España y de las Indias, es probable que la emancipación de Hispanoamérica no hubiera tenido lugar. No habría español que mirase con buenos ojos a la dinastía francesa; y los jefes de las distintas colonias eran fieles a la patria madre y trabajaron con verdadero patriotismo contra el golpe de Estado de Napoleón, en la suposición de que el orden se restablecería, tanto en España como en sus colonias.

Los criollos, por otra parte, consideraban su propio interés y trabajaban mientras

tanto junto con los españoles; la distancia de la madre patria era para ellos una garantía de que los franceses no podrían subyugarlos rápidamente.

Sin embargo surgió una controversia entre estos bandos, y la mayoría de los jefes de las tropas regulares formaron una liga cuyo fin era apoderarse de la administración con ayuda de la fuerza militar disponible, bajo el pretexto de mantener las colonias unidas a la corona española.

A los contados jefes criollos que actuaban en nombre de España, y que de ningún modo querían reconocer la dinastía francesa, se unieron *por convicción ideológica* un gran número de propietarios y rentistas, y *por esperanza de lucro y ambición de carrera*, los buscadores de fortuna, aventureros e intrigantes. Los dos partidos principales fueron, por lo tanto, igualmente poderosos; porque si uno superaba al otro por la disciplina de las tropas regulares, éste dominaba por el número de los adeptos entre las milicias y los campesinos. Poco después empezó la lucha entre ambos grupos con alternativas de buen éxito, pero después que los españoles proclamaron la Constitución de 1812, vino un corto intervalo de tregua.

Este hecho despertó la simpatía de las colonias; y si el gobierno español lo hubiera aprovechado prudentemente, el Gobierno de España hubiera sido reconocido en todas partes; pero la situación confusa de la madre patria produjo el olvido de la situación de las colonias; y ocurrió así una nueva polémica entre los bandos, es decir, si permanecían fieles a la Constitución de Cádiz o a Fernando VII. La Constitución aprobada por las Cortes fue anulada por Fernando, que persiguió tanto a los patriotas que lo habían restablecido en el trono de España, como a los liberales más respetables de la península, los que fueron encarcelados, maltratados y condenados a muerte. Con este episodio la independencia de las Colonias, que era hasta el momento una adivinanza, se transformó en realidad segura. La finalidad de los patriotas fue la eliminación de los españoles, y con este fin se unieron todos los partidos. Las tropas regulares en adelante perdieron batalla tras batalla y desde este período, Buenos Aires fue el foco desde donde las ideas de libertad e independencia se expandieron por la mayoría de las colonias.

Era suficiente haber nacido en la tierra americana para ser considerado patriota;

igual que era suficiente motivo haber nacido en España para quedar fuera de la protección de las leyes, aún si se viviese pacíficamente y en conformidad con el nuevo orden de cosas. Cuando el jefe provisional o militar de un lugar necesitaba dinero, se extorsionaban enormes sumas de los ricos propietarios españoles, y muchas veces se usaban falsos pretextos para condenarlos a muerte o confiscar sus bienes. La furia llegó a tal punto, que los padres eran traicionados por sus hijos, que después acompañaban la marcha triunfal del pueblo, gritando "Viva la patria", junto a las horcas donde colgaban sus padres.

Durante este período de terror la administración estuvo en manos de personas incultas: las leyes eran aplicadas a voluntad y capricho, las instituciones tradicionales fueron anuladas sin distinción y substituidas por otras a base del egoísmo, el lujo y la gloria. Como consecuencia estos nuevos Estados tuvieron un personal sumamente numeroso de empleados públicos, al contrario del espíritu de los Estados Unidos, donde se gasta lo menos posible en la administración. Así por ejemplo, la Banda Oriental del Uruguay durante el tiempo español fue gobernada por un jefe militar, con unos pocos empleados civiles bajo su mando, le costaban solamente 12.000 pesos al Estado, mientras que por el contrario, al transformarse en República se ha creado un cuerpo de empleado público tan numeroso, que los gastos de la nación llegan a más de 600.000 pesos.

Mientras tanto en Chile las revueltas habían sido dominadas por los españoles. Un criollo de nombre Carrera, en vano sacrificó toda su fortuna y la de su familia en la lucha contra los peninsulares. Tuvo que refugiarse al fin en los Estados Unidos, donde consiguió formar una escuadra, con la cual regresó a Buenos Aires, pero allá fue liquidado por medio de intrigas. Este dinámico patriota fue después condenado a muerte por conspirador contra O'Higgins y San Martín y ejecutado en Mendoza.

Los españoles tenían bajo su dominio los puntos vitales de Chile, mientras que por el contrario el partido español en las provincias ribereñas del Río de la Plata sucumbió tras algunas batallas. Estas provincias poco después proclamaron su independencia en el Congreso de Tucumán. El general San Martín fue autorizado por el gobierno de Buenos Aires para organizar tropas auxiliares que en unión con los pa-

triotas chilenos que estaban en Mendoza, lucharan por la independencia. Con un ejército formado en forma heterogénea, San Martín y O'Higgins cruzaron la cordillera, y el entusiasmo de los campesinos hizo posible a los huasos transportar cañones a través de los precipicios.

La expedición se hizo tan secretamente que los españoles no supieron nada hasta que de repente, el 12 de febrero de 1817, en la Cuesta de Chacabuco, el campamento fue atacado por San Martín y sus tropas fueron diezmadas. Después de haber perdido varias batallas la fuerza española se retiró hacia el sur de Chile, donde San Martín incomprensiblemente les dejó tiempo para fortificarse, reclutar tropas, devastar el país y armar a los indios contra los patriotas. Esta última circunstancia fue especialmente desafortunada para el país, tanto por los odios entre los aborígenes y los chilenos, como por los valiosos rebaños de ganado que se perdieron en la lucha¹.

San Martín, por su parte, había reforzado el ejército con los grandes recursos de Chile en aquel tiempo; de manera que cuando, en abril de 1818, el general Osorio opuso resistencia, los españoles fueron derrotados otra vez y se retiraron con considerables pérdidas entre muertos y heridos. El odio era tan grande entre los adversarios que casi no se tomaban prisioneros. San Martín no aprovechó sin embargo de la victoria, sino que acampó en un lugar llamado Cancha Rayada, donde él y el ejército pasaron el resto del día de la batalla y parte de la noche en diversiones y fiestas. Las tropas españolas dispersas tuvieron tiempo de reunirse al notar que no eran perseguidas por los patriotas, y durante la noche volvieron a escondidas al campamento, donde encontraron casi todo el ejército de San Martín profundamente dormido. Se precipitaron de repente sobre el vivac y mataron una gran parte y dispersaron el resto del ejército patriota, que huyó en todas direcciones. Los propios ge-

nerales San Martín y O'Higgins quisieron seguir a Mendoza llevando el tesoro del Estado y abandonando la ciudad de Santiago y el país el enemigo.

Pero en lugar de marchar en línea recta a la ciudad; que sin duda hubiera caído en sus manos sin resistencia, el enemigo se detuvo varios días en los alrededores, y así dejó tiempo a los soldados patriotas dispersos de replegarse hacia la capital, que fue el punto de reunión. Fue favorable también a los patriotas el hecho de que el general Las Heras, que comandaba algunos batallones del ejército de San Martín en Cancha Rayada, durante la noche de la sorpresa no hubiera permitido que sus tropas tomaran parte en los excesos descritos, sino que había mantenido la disciplina y había colocado centinelas, etc., por lo que tuvo tiempo para precaverse del ataque de los españoles. Su regimiento fue el único que se mantuvo firme y protegió la retirada, reuniendo después en sus filas un gran número de los soldados fugitivos.

Entre todos los hombres que hicieron la libertad y prestaron efectivos esfuerzos para salvar el ejército en Cancha Rayada, distinguen los chilenos especialmente a Manuel Rodríguez². Su calma impávida en la hora del peligro inspiraba valor a los chilenos, y gracias a la confianza que tenía en él los huasos y los soldados de Chile, rápidamente agrupó una inmensa multitud bajo su estandarte. Hizo regresar a los generales fugitivos y el tesoro nacional, y gracias a estas medidas consiguió provisiones para el ejército.

El 5 de abril de 1818 tuvo lugar en los extramuros de Santiago la extraordinaria batalla de Maipú, donde el ejército español fue total e irreparablemente derrotado.

Esta batalla decidió la Independencia de Chile, y es de imaginarse la alegría de los santiaguinos de este inesperado y feliz desenlace de la lucha. Se adivinaba que si los españoles hubieran vencido, la capital habría sido saqueada sin piedad. La victoria fue celebrada con solemnes y alegres fiestas, carnavales, bailes, etc., y una de las calles

¹Mucho tiempo después que los españoles fueron expulsados de Chile, mantuvieron entre los indios bajo el nombre de "agentes españoles", desertores y malhechores refugiados, que organizaban expediciones de indios contra los campesinos pacíficos. Uno de estos malhechores fue Benavides, que se había procurado un nombramiento de España. Después de haber cometido innumerables crueldades contra los chilenos, este criminal fue entregado por sus compañeros. Conducido a Santiago, fue ahorcado; el cuerpo destrozado y quemado, y sus cenizas dispersadas a los cuatro vientos.

²San Martín y O'Higgins envidiaban su popularidad, y temían que los chilenos le proclamaran jefe de la República; por esto lo hicieron detener bajo falsos pretextos. Como juzgarlo ante una Corte era muy arriesgado y hubiera podido causar la ruina de los propios acusadores, tuvieron que deshacerse de él de otra manera, y bajo pretexto de trasladarle a otro lugar, fue una noche sacado de la prisión y escoltado fuera de la ciudad por seis soldados y un oficial, y luego asesinado.

principales de Santiago recibió, poco tiempo después, el nombre de calle de Maipú, como recuerdo eterno de este día tan glorioso en los anales de Chile.

Una de estas fiestas recordatorias, fue particularmente imponente y solemne y calculada para inculcar a los adolescentes el patriotismo. Al comienzo de mi estada en Chile la vi celebrada con la pompa original, en el aniversario de la independencia y no carecerá de interés describirla.

En el centro de la gran plaza de la ciudad se plantó el árbol de la libertad, donde pendían los escudos de Chile y de los otros Estados libres de América. Las enseñas llevaban escritos los nombres de los héroes que habían caído por la libertad de Sudamérica, y de las batallas ganadas por ellos. Alrededor del árbol de la libertad flameaban las banderas de las naciones independientes. Antes de la aurora se reunieron bellas jóvenes de la ciudad, de voces escogidas, vestidas de blanco, portando en sus manos coronas de laureles y flores, que formaron un círculo alrededor del árbol. Iban acompañadas por jóvenes, también de buenas voces, vestidos con frac azul y pantalones blancos, los cuales tomaron colocación haciendo círculo a las muchachas. Desde el Palacio vino el Director Supremo y los funcionarios superiores del Estado. A alguna distancia tocaba una banda militar de músicos. Toda la plaza estaba llena de espectadores.

Pronto reinó un inspirado silencio, y a los primeros rayos del sol, la bandera chilena fue izada sobre la cima del árbol de la libertad. Los cañones del castillo de Santa Lucía saludaron con sus salvas y el coro juvenil entonó la música de la hermosa Canción Nacional de Chile³. Las muchachas depositaron sus coronas al pie del árbol de la libertad. Durante este acto el Director Supremo y todos los asistentes estaban descubiertos, y el coro fue cantado por todo el público. Luego empezó la música y un desfile de niños de diez años de edad, llevando una pequeña espada en una mano y un ramo de laurel en la otra. Circularon alrededor del árbol simbólico, depositando cada uno su ofrenda al pie del tronco. Al anochecer tuvo lugar un baile popular en el Palacio, cuyo patio sirvió de sala de danza. La ciudad estaba iluminada, los balcones adornados, y en la plaza se prendieron fuegos artificiales acompañados de música militar. El entusiasmo que describo se fue apagando con los años, y disminuyeron las fiestas cívicas; y después de algunos años las jóvenes ya no sabrán cantar la Canción Nacional *.

³No es tan hermoso como la que oí en Buenos Aires. Había traído un ejemplar de esta música para piano; pero se me perdió en el naufragio. No obstante espero poder enseñarla a nuestras cantantes nórdicas.

**La República de Chile* (1821-1828). Págs. 68 a 75. Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1951.